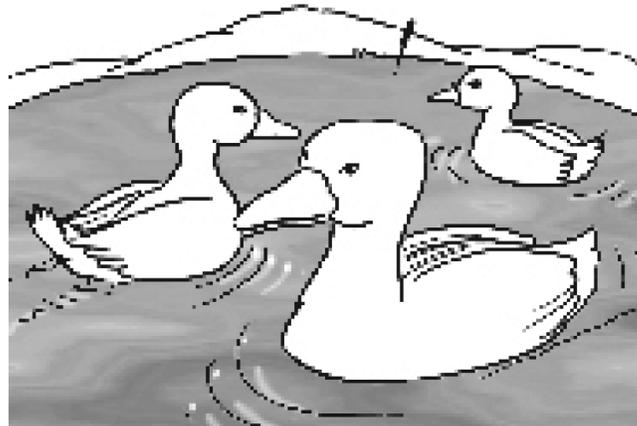
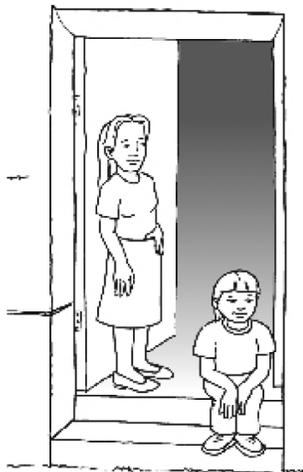
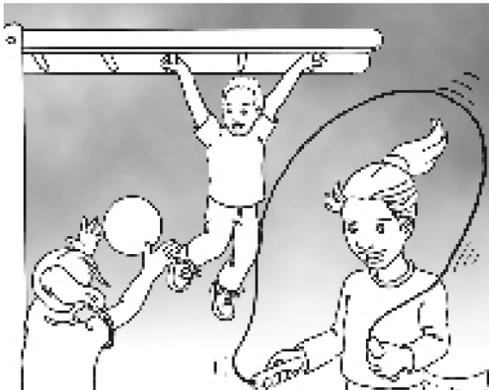
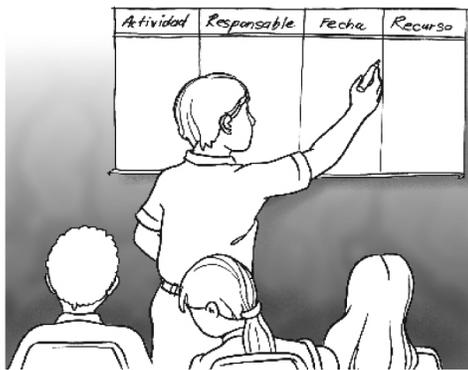


Te lo cuento, ¿me lo cuentas?



1 Rompecabezas de historias.

- Observo las ilustraciones de abajo. ¿qué tienen en común?
- Escribo, en hojas adicionales, una historia con base en las ilustraciones. Puede ser una historia loca. Cuido de incluir a todos los personajes.





- 2 A continuación encuentro una historia desordenada. Leo todos los párrafos y los ordeno.

El príncipe mendigo

Érase una vez un principito curioso. Un día, decidió salir a pasear por toda la ciudad. Fue al mercado y encontró un niño idéntico a él y muy sorprendido exclamó: "¡Pero si eres idéntico a mí!" El niño pordiosero le dijo que no eran idénticos porque ambos vestían ropas muy distintas.

El principito, muy extrañado, se despojó de toda su ropa y le dijo que ahora eran iguales. En ese mismo instante llegó la guardia del castillo llevándose al pordiosero como príncipe y dejando al príncipe abandonado en la ciudad.

Contó en la ciudad quién era y le tomaron por loco. Cansado de proclamar inútilmente su identidad, recorrió la ciudad en busca de trabajo. Era ya mayor, cuando estalló la guerra con el país vecino. El príncipe, llevado del amor a su patria, se alistó en el ejército, mientras el mendigo que ocupaba el trono continuaba entregado a los placeres. Un día, en lo más arduo de la batalla, el soldado fue en busca del general.

Con increíble audacia le hizo saber que había dispuesto mal sus tropas y que el difunto rey, con su gran estrategia, hubiera planeado de otro modo la batalla. ¿Cómo sabes tú que nuestro llorado monarca lo hubiera hecho así? Porque se ocupó de enseñarme cuanto sabía. Era mi padre. Aquella noche moría el anciano rey y el mendigo ocupó el trono. Llenó su corazón de rencor por la miseria en que su vida había transcurrido, empezó a oprimir al pueblo, ansioso de riquezas.

El general, desorientado, siguió no obstante los consejos del príncipe. Luego fue en busca del muchacho, que curaba junto al arroyo una herida que había recibido en el hombro. Junto al cuello se destacaban tres rayitas rojas.

"¡Es la señal que vi en el príncipe recién nacido!" exclamó el general. Comprendió entonces que la persona que ocupaba el trono no era el verdadero rey y, con su autoridad, ciñó la corona en las sienes de su auténtico dueño. El príncipe había sufrido demasiado y sabía perdonar. El usurpador no recibió más castigo que el de trabajar a diario.

Mark Twain.